

Mons. Luis Sánchez-Moreno Lira  
Arzobispo de Arequipa

# PONENCIAS

## Un Pastor Fiel a la Iglesia

Mons. Luis Sánchez-Moreno Lira  
Arzobispo de Arequipa

Discurso leído por Mons. Marco Cortés Lara

## Un Hombre de Gran Corazón

P. Esteban Puig Tarrats  
Vice Gran Canciller de la Universidad Católica  
Santo Toribio de Mogrovejo

Mons. Luis Sánchez-Moreno Lira nació en Arequipa el 12 de noviembre de 1924. Estudió Letras y Derecho en la Universidad de San Agustín de Arequipa hasta 1948. En Roma siguió los cursos de especialización en Derecho Canónico. Superior de la Pontificia Academia Eclesiástica. Fue nombrado Párroco de San Juan de los Ríos en Chiclayo el 29 de abril de 1961 y promovido Obispo Auxiliar de Chiclayo. Tuvo la oportunidad de viajar a Europa y América del Sur. Fue designado por el papa Pablo VI, Arzobispo de Arequipa, en el año 1986. Tuvo una amistad y colaboración singular con Mons. Ignacia María de Chelsova.

## Las Vocaciones Sacerdotales: Su Gran Ilusión

P. Marco Cortés Lara  
Rector del Seminario "Santo Toribio de Mogrovejo"  
de Chiclayo

## UN PASTOR FIEL A LA IGLESIA

**Mons. Luis Sánchez-Moreno Lira**  
Arzobispo de Arequipa

## UN PASTOR FIEL A LA IGLESIA

Discurso leído por Mons. Mario Busquets  
Obispo Prelado de Camaná

*Mons. Luis Sánchez-Moreno Lira nació en Arequipa el 12 de noviembre de 1925. Estudió Letras y Derecho en la Universidad de San Agustín de Arequipa hasta 1949. En Roma siguió los cursos de especialización en Derecho Canónico, obteniendo el grado de Doctor en el "Angelicum", en 1957. Ese mismo año fue ordenado sacerdote en la Iglesia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid. De vuelta al Perú fue consagrado Obispo, en la Catedral de Arequipa, el 30 de abril de 1961 y designado Obispo Auxiliar de Chiclayo. Tuvo la oportunidad de asistir a las cuatro sesiones del Concilio Vaticano II. El 26 de abril de 1968 fue nombrado Obispo de la Prelatura de Cañete en la que trabajó por espacio de 35 años. Fue designado por Su Santidad Juan Pablo II, Arzobispo de Arequipa, en el año 1996. Tuvo una amistad y cercanía muy singular con Mons. Ignacio María de Orbeozo.*

## UN PASTOR FIEL A LA IGLESIA

Se me pide algo que no resulta demasiado fácil. Muchas cosas pasan suavemente a nuestro lado, como de incógnitas, por la naturalidad misma que el espíritu del Opus Dei pide a sus hijos. Y ello es deseo del Espíritu Santo. Pero dada la función pública, la personalidad y la trayectoria de Mons. Ignacio Orbegozo, es lógico que tengamos el convencimiento de que hay mucho de qué hablar. Y lo hay.

Desgraciadamente y aunque tuve muchas ocasiones de estar con él en las sesiones del Vaticano II, en las Asambleas Episcopales, en diversos encuentros y reuniones, no comentábamos mucho las situaciones en las que nos encontrábamos envueltos, debido -quizá- a una aparente distancia generacional, que él creía larga y no era tanta. Y, sobre todo, por una fuerte diferencia de caracteres, de modo de ser, de mentalidad. He solido decir muchas veces, -medio en serio y medio en broma- que ello se hacía especialmente patente en los lemas de nuestros escudos episcopales. El suyo era: *Per aspera ad astra*, por lo difícil, por lo áspero, a las estrellas, hasta los astros, hasta los cielos infinitos; el mío: *Ave Maria, gratia plena*.

Sin embargo, de vez en cuando teníamos ocasiones de entrar -más a fondo- en cuestiones de especial interés; y entonces era fácil apreciar la riqueza de experiencias y la claridad de visión que le caracterizaban. Le ayudaba en ello su gran memoria, su capacidad tan fina de penetrar en los caracteres de las personas, en las situaciones o en las cosas que nos rodeaban. Su mirada de águila.

A todo esto se añadía un especial respeto, impuesto por su fuerte personalidad. Vasco, vascote, vasco de sangre y de fuerza... aunque en los últimos años todos apreciábamos que su corazón era como el de una abuela.

Era tan divertido en su modo de narrar los acontecimientos que -además de acaparar espontáneamente la atención y que no nos disgustaba que lo hiciera- nos entretenía saber de su regreso a Roma a través del polo Norte, o de las circunstancias típicas en las que tuvo que cargar con las maletas de muchas señoras de edad, por la huelga que se había declarado en el aeropuerto romano de Fiumicino, exactamente cuando ya todos estaban sentados en el avión, con los cinturones abrochados.

El espíritu del Opus Dei bien asimilado en su vida, las virtudes adquiridas en tantos trabajos suyos que fueron yunques llenos de fortaleza, y las audacias propias de un hijo de Dios, le hicieron posible ver la luz más allá de las sombras, abrir caminos a la esperanza en medio de estrecheces, enseñar a ser rebeldes frente a lo injusto, y pacificadores ante el rencor, vencer las distancias a fuerza de amor y, con toda naturalidad, transformar, el poder en servicio.

Ignacio, primero como Prelado de Yauyos, y después como Obispo de esa misma Prelatura, estuvo presente en las cuatro Sesiones del Vaticano II.

Asistimos juntos a todas las sesiones privadas y públicas en San Pedro. Íbamos y volvíamos con D. Alvaro del Portillo, perito del Concilio y Secretario o Presidente de algunas comisiones.

En el principal escenario del Concilio Ecuménico, la basílica de San Pedro, tuvo, entre varias otras, dos intervenciones conciliares de especial relieve.

Las propuestas de los Padres Conciliares se leían tediosa y obligatoriamente, por un riguroso orden, en latín, salvo el privilegio que se había arrogado un Patriarca ortodoxo, Maximus IV, para exponerlas en francés. Una de esas ponencias que, después de leída en privado, nos llamó la atención por su riqueza de pensamiento, nos llenó de pícaro asombro a los que conocíamos a Ignacio; ante el cansancio de la venerable asamblea, después de muchas horas con lecturas interminables, de pie ante el micro, dijo, insólitamente, que su propuesta la entregaba por escrito. Precisamente él que se caracterizaba por su gran capacidad de hablar. Su gesto provocó dentro de la hermosa e imponente Basílica, prolongados y fuertes aplausos.

Ignacio, por su parte, aprovechaba los momentos libres para conversar, haciendo amistad o apostolado dentro del aula conciliar, con Cardenales, Arzobispos, Obispos o Peritos. Uno de aquellos, el Cardenal Hildebrando Antoniutti, quedó especialmente impactado por su personalidad. Así surgió una amistad que permitió a Ignacio hacerle consideraciones de especial valor. Otro tanto ocurrió con el que entonces era Nuncio en el Perú y, más tarde, en Roma, Mons. Rómulo Carboni.

Había captado, con especial nitidez, desde los orígenes de su vocación al Opus Dei, antes del Vaticano II, algo que se asentaba en las mismas entrañas de la Obra: la “llamada universal a la santidad”, declarada por ese Concilio en el capítulo V de su Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, que versa sobre la Iglesia.

Juan Pablo II, en su espléndida carta *Novo Millennio Ineunte*, señala que si los Padres Conciliares -entre ellos Ignacio- concedieron tanto relieve a este tema, no fue para dar una especie de toque espiritual a la doctrina sobre la Iglesia, sino más bien para poner de relieve una fuerza intrínseca y determinante. Quisieron presentarla como misterio, es decir, como pueblo “congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”,<sup>1</sup> misterio que lleva inevitablemente a apreciar la *santidad* de la iglesia entendida en su sentido básico: de pertenecer a Aquel que por excelencia es *tres veces Santo*.<sup>2</sup>

Este don de santidad se da a cada bautizado<sup>3</sup> y se debe plasmar en un compromiso que dirija toda la vida. *Ésta es la voluntad de Dios*, anotaba Pablo, *vuestra santificación*.<sup>4</sup> Lo que no sólo afecta a algunos cristianos: “todos, especifica la *Lumen Gentium*, cualquiera que sea su clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor”.<sup>5</sup> Muchas veces Ignacio comunicó en su predicación, o en el trato de amistad, esta doctrina conciliar acerca de la respuesta del hombre, agradable a los ojos de Dios.

En realidad, prosigue el Santo Padre “poner el programa de toda pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias”.<sup>6</sup> Así lo hizo Ignacio. Y ello significa jugar con la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, llevada según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno *¿quieres recibir el Bautismo?*, significa preguntarle al mismo tiempo: *¿quieres ser santo?*. Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña, en el que resuena el: *sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial*.<sup>7</sup>

<sup>1</sup> cfr. S. Cipriano, De Orat. Dom. 23: PL 4, 553; cfr. LG n 4

<sup>2</sup> cfr. Is VI, 3

<sup>3</sup> cfr. JP II, Novo Millennio Ineunte, n. 30

<sup>4</sup> I Ts. IV, 3

<sup>5</sup> cfr. Lumen gentium, n. 40

<sup>6</sup> cfr. JP II, Novo Millennio Ineunte, n. 30

<sup>7</sup> Mt. V, 48

Ignacio, con las luces recibidas del Beato Escrivá de Balaguer, sabía que -lo dice expresamente el Papa-, “este ideal de perfección no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, practicable sólo por algunos selectos genios de la vida cristiana. Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno”.<sup>8</sup>

En esas afirmaciones no queda espacio para olvidar la reconfortante realidad de: *nos eligió antes de la fundación del mundo para ser santos en su presencia, en el amor; para ser sus hijos. Y tampoco la dulce promesa: estoy a tu puerta y llamo, si alguien me abre, entraré y cenaré con él y él conmigo*.<sup>9</sup> Son las maravillas que derivan de la historia que fue inaugurada en la soledad pobre de las montañas de Judea, con regocijo de ángeles que proclamaban el Reino nuevo.

También para Ignacio era hondamente preocupante en esos años conciliares la inmensa desinformación en el Perú sobre lo que acontecía dentro del Concilio. Nos dábamos cuenta de ello en las etapas en las que nos correspondía estar en nuestras Sedes, ya por los periódicos que leíamos, como por los comentarios que se hacían. En nuestra tierra topábamos con serias tergiversaciones u omisiones informativas sobre el Vaticano II.

Además -lo comentábamos con Ignacio-, nos inquietaba la presencia dentro del aula conciliar y en algunas especiales circunstancias -pocas, felizmente-, de grupos sacerdotales de presión. Así, cuando íbamos a votar sobre la colegialidad, en definitiva, sobre la autoridad del Romano Pontífice. Felizmente se palpó la presencia y la colosal acción del Espíritu Santo.

Con ello nos dábamos cuenta una vez más, de que el Señor es un Dios que cree en nosotros; que como Señor de la historia, conduce, con un respeto exquisito, el devenir del hombre hacia su libertad y su plenitud, encaminándolo todo para el bien de los que le aman; lo dice expresamente la Escritura Santa: *diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum*.

<sup>8</sup> cfr. JP11, Novo Millennio Ineunte, n.31

<sup>9</sup> cfr. José María de Prada, Notario, en Felicidades, Jesucristo, BAC 2000, N° 28, p.241

En el desarrollo del Concilio y, ahora, en las maravillas de él que nos transmite Juan Pablo II apreciamos como nuestro buen Dios trata de hacer de la tierra un hogar con sabor a pan fresco, a pesar -según lo indica el Salmo II- de tanto capricho humano, de tanto desatino, de tantas maquinaciones de los pueblos. Por ello, vivimos mil veces agradecidos al Señor por el regalo que nos hace de llenar de luz y de esperanza al mundo.<sup>10</sup>

La doctrina del Concilio, cuyos esquemas pasaron por nuestras manos y fueron motivo de reflexión y súplica al Señor, nos enseña a hacer de nuestra libertad un canto a la vida, al bien, y no una algarabía de males entrecruzados.<sup>11</sup>

Hemos de agradecer a Cristo la transparencia de sus Bienaventuranzas, la nitidez de su mandamiento nuevo, la esperanza que sembró a manos llenas, el pan y el vino en que quiso quedarse.

En la relación de Ignacio con el Beato, en lo que yo pude ver de modo especial durante el Concilio -vivíamos en la misma casa: Bruno Buozzi 73, en la que residía Mons. Escrivá de Balaguer- circulaba un particular cariño. En parte, por la clarividencia de Ignacio, su carácter recio, lealísimo y alegre. En parte, por los servicios delicados que, de una u otra manera, había prestado a la Obra. En parte porque en cierto modo, y tomando la palabra en su forma más lata, Mons. Escrivá se sentía culpable de haberle metido en la aventura difícil, durísima, pero maravillosa y de inmensos frutos de los inicios de la Prelatura de Yauyos. Pienso que, por ello, Ignacio gozaba de una especial confianza, que él la vivía con una exquisita actitud de cariño y respeto.

Sus intervenciones en las tertulias, en Bruno Buozzi, durante los años conciliares o con motivo de las visitas *ad limina* -que es cuando pude ser testigo-, divertían a todos, pero de modo más vivo al Beato. Creo que en los momentos delicados del Concilio, cargados de sombras e inquietudes, Ignacio era para él un intenso motivo de alegría y de consuelo.

<sup>10</sup> cfr. M. Parajón, *Felicidades, Jesucristo*; BAC 2000, N°28, p.229

<sup>11</sup> cfr. J. Mullor, *Felicidades, Jesucristo*; BAC 2000, N° 28, pp. 216-217  
Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

De mis encuentros iniciales, en España, con Mons. Escrivá junto a Ignacio, recuerdo de modo inolvidable cuando, el año 1951, en Zaragoza, se presentó éste acompañando al Beato que había venido de Roma en un viaje por tierra entre Barcelona y Madrid. Hicieron escala de dos días en el entonces Centro de Estudios "Miraflores" de Zaragoza. Allí tuvimos varias tertulias con el Fundador del Opus Dei, y una meditación en la que nos habló -con su enorme capacidad de llegar muy dentro- de sinceridad salvaje y de quién era el Buen Pastor. Ignacio y Manuel Botas en esa época, médico el primero e ingeniero de caminos el segundo, le acompañaban, manejando los dos carros, en uno de los cuales viajaban los hermanos del Beato: tía Carmen y Santiago.

En la Conferencia Episcopal Peruana, Ignacio tuvo un destacado papel. Participó en ella desde el año 1958, primero en calidad de Prelado y, luego, como Obispo de Yauyos y posteriormente de Chiclayo.

Las intervenciones de los Obispos eran evidentemente más frecuentes que en el Concilio, más cercanas y con una mayor posibilidad de diálogo. Las de Ignacio frecuentes, muy esperadas o temidas, eran vigorosas, oportunamente empapadas de buen humor, con ideas clarísimas y un gran amor a la Iglesia.

Todavía no habíamos sido enriquecidos por las luces del Concilio y, sobre todo, como ha ocurrido en los últimos tiempos, por el Magisterio y el estilo de gobierno de Juan Pablo II, tan lleno de sabiduría y de fe honda, con la presencia tan fuerte y vital de Cristo y del hombre, y con una claridad eclesiológica de primerísima categoría.

Aunque lógicamente y gracias a Dios teníamos diversos modos de pensar, estuvimos encaminados por un vigoroso sentido de comunión, como lo ha pedido el Papa en su *Novo Millennio Ineunte*. Ignacio fomentaba una sincera amistad con buena parte de los Obispos, y a los demás les guardaba deferencia y un empeño de quererles. Fueron destacadas entre muchas otras las serviciales relaciones que sostuvo con Mons. Vallebuona, Mons. Libardone, Mons. Irizar, Mons. Kaiser, a quien ayudó en su fecunda fundación de religiosas.



Jugó una actividad brillante a propósito de Cáritas. Ese organismo fundado para fomentar y coordinar la respuesta de las circunscripciones eclesiásticas ante el mandato del Señor: *que os améis los unos a los otros, como yo os he amado*, vivía en pasos iniciales y, por diversas circunstancias, atravesaba momentos críticos. La Asamblea Episcopal designó a Ignacio presidente de Cáritas. En ello tuvo una visión de Iglesia y, al mismo tiempo, procuró imprimir un gran nivel empresarial. A partir de Ignacio, Cáritas cuenta con un Directorio propio.

Por entonces, el arrendamiento de almacenes para víveres, ropas y medicinas, suponían un oneroso gasto mensual. Otro tanto ocurría con las oficinas de Dirección, Secretariado y Logística. Certestamente Ignacio consiguió levantar, en un espacioso terreno del parque industrial del Callao, las oficinas y los almacenes adecuados, modernos, eficaces y seguros; dando, además, cabida en ellos a varios organismos internacionales de ayuda, lo que facilitó unas excelentes coordinaciones. Así le fue posible crear una renta permanente a favor de la Conferencia Episcopal, y un eficiente servicio a las Cáritas Diocesanas. Este hábil trabajo puso las bases para el futuro desarrollo de nuestra organización de caridad y desarrollo de la Iglesia en el Perú.

Además, ante organismos extranjeros que proponían caminos confusos, aclaró la función de Cáritas. El Congreso Latinoamericano en Ancón dio un decisivo espaldarazo a la posición y propuestas de Ignacio.

Más tarde, en calidad de Presidente de la Comisión de Vocaciones de la Conferencia Episcopal, intervino en una decisiva defensa de la auténtica Teología de la Liberación, frente a influencias foráneas y a desorientados grupos de presión provenientes de Alemania. Reiteradamente integró la Comisión Permanente de la Conferencia y tuvo una brillante intervención en Puebla.

Ignacio habrá saboreado ya a fondo esas hermosas palabras del Beato Escrivá de Balaguer: "Cuando te vea por primera vez, Dios mío, ¿qué te habré de decir? Callado, esconderé mi frente en tu regazo...y lloraré como cuando era niño. Tus ojos mirarán todas mis llagas...Te contaré después toda mi vida...¡aunque ya la conoces! Y Tú, para dormirme, lentamente me contarás un cuento que

comienza: “érase una vez un hombrecillo de la tierra ...y un Dios que le quería con locura”. ¡Qué renta tan inconmensurable nos ganaste, Señor, con tus dolores! ¡Qué alegría nos invade con tu Resurrección!”.

Con este somero y agradecido vistazo a la labor de Mons. Ignacio Orbegozo, dentro de especiales organismos de la Iglesia, queremos ensanchar el ánimo ante las caricias de Dios con nosotros sus hijos.

Y para concluir, haciendo relación a la fuerte piedad mariana de ese querido hermano y Obispo, felicitamos al Señor por su acierto al buscarse esa Madre. No le pudo salir mejor. Ni a él, ni al Padre, ni al Espíritu Santo, porque fue cosa de los Tres. La Virgen nos reconforta con su exquisita paciencia de Madre y de Madre amorosa; y nos va repitiendo a través de los siglos sus encantadoras palabras en las Bodas de Caná de Galilea: *haced lo que Él os diga*. Esto fue lo que Ignacio intentó en las diversas peripecias de su no menos asombrosa vida de servicio a la Iglesia. *Deo gratias!*